

viajes de peregrinos, reliquias gigantescas de los tiempos heróicos y ortodoxos del catolicismo sustituidas por los órdenes arquitectónicos antiguos que se han copiado de las ruinas del Coliseo, con los arcos romanos que se han traído de la vía Sacra en el Foro y de las Termas titánicas de Caracalla y de Diocleciano, con el panteón de todos los dioses puesto sobre machones que creen reunir la fuerza de todos los hombres, elevándose sobre cuatro arcos inmensos, allá en el radiante cielo de Roma, coronado por la cruz de Cristo, que parece santificar en una apoteosis católica todo el antiguo paganismo. Las estatuas que cantan, las Sibilas que predicen, los Olimpos que resucitan las divinidades antiguas, los parnasos en que aparecen como renacidas las musas del clasicismo, los monumentos que copian á Jonia y que llevan dóricos frontones, las galateas circuidas entre las ondas del mar de nereidas y de sátiros, las arengas escritas en lengua ciceroniana, los poemas compuestos con versos de Ovidio y de Virgilio, las teorías filosóficas calcadas unas sobre los diálogos de la Academia y otras sobre los libros soñados en los jardines de Epicuro, la resurrección completa de la antigüedad clásica, está representada por un poeta florentino elevado á la Sede pontificia, y que sueña con las florestas del Arno y con las ideas del Renacimiento de aquellas florestas escapadas, bajo las blancas alas del Espíritu Santo, sobre el trono mas elevado que tiene el orbe y siendo Vicario de Jesucristo en la tierra. Este Papa se llamaba Leon X.

Detengámonos ante este hombre, quien representa, en verdad, todo el Renacimiento italiano como representa Erasmo todo el Renacimiento germánico. Julio II muere el 20 de marzo de 1512 entre nueve y diez de la noche. Reemplazarlo no aparece cosa fácil y hacedera, después del desmesurado influjo político que han tomado los Papas con su intervención directa en los negocios territoriales de Italia. Mal dispuesto se halla el conclave, por la interdicción á la entrada de los cardenales franceses desavenidos de Julio II; por la incertidumbre de los cardenales españoles, no bien resueltos y decididos en pro de ningún candidato; por la división entre electores jóvenes y electores viejos, división muy profunda y de muy difícil arreglo; por las pretensiones del ligero Maximiliano de Austria, que deseaba la tiara para sí, ó en caso de no poderla obtener para sí, para su protegido el Arzobispo

Adriano; por las ambiciones personales, que no podían retroceder ni unirse en un haz bastante á formar y constituir un Papa. Quien mas se movía indudablemente era el cardenal Juan de Médicis, protegido por la reacción que acababa de restaurar el poder de su familia en el seno de la infeliz Florencia. Pero Juan de Médicis tenía á la sazón treinta y siete años tan solo; y en los días mismos del conclave le operaban los cirujanos en sitio de su cuerpo que el pudor no permite nombrar.

Precisa ir hoy á Roma en días de conclave, para comprender toda la agitación que reinaba en los ánimos y todas las pasiones que se ponían entonces en juego. Cada embajador montaba una oficina extraordinaria, tenía una nube de espías diseminados por las calles y una legión de correos á la puerta, mandaba enviados á todas partes y se movía en todas direcciones; los fuertes romanos se erizaban de guardias y de armas, como si en vez de ser la elección asunto religioso fuera un asedio político; las gentes todas se interesaban por medio de apuestas, tan crecidas como las que suelen hoy empeñarse en las carreras de caballos; cotizábanse los nombres de los cardenales á las puertas de las iglesias como hoy se cotizan los valores y las rentas en los ámbitos de las bolsas; los partidos se enardecían con grande enardecimiento; la corte del Papa muerto tendía por todos los medios á conservar su influencia y los familiares de los cardenales vivos á cohechar, á corromper, á conseguir por maniobras mundanales aquello mismo que debía ser inspiración y hechura del Espíritu Santo. Seis días se perdieron en dimes y diretes. Al primer escrutinio resultó con mas votos el cardenal mas odiado, el cardenal Arborense. El miedo á las influencias externas subía tanto que se taparon hasta los agujeros de las campanillas, y se prohibieron los platos de metal para las comidas, á causa la primera disposición de que por los agujeros pasaban papelillos y á causa la segunda de que, en el fondo de una fuente de plata, se había escrito en inglés una recomendación á favor de los cardenales San Giorgio y Médicis. Ambos quedaron, después de tantos esfuerzos, como únicos cardenales papables, representando el uno á los electores viejos y representando el otro á los electores jóvenes. Estos murmuraban á los oídos de aquellos que, enfermo Leon X de una fístula, no podía vivir mucho tiempo, y pronto había de dejar franco paso á las seniles ambiciones de San Giorgio.

Mas quienes determinaron la eleccion pontificia fueron los cardenales florentinos, que enemistados con la casa de los Médicis, comprendieron en su patriotismo cuánto le interesaba y le convenia un Médicis Pontífice á la hermosísima Florencia. Los florentinos arrastraron á los españoles, los españoles á los ancianos del sacro colegio; y unidos como una gran legion los jóvenes, en verdad, no habia medio de impedir la victoria de Juan de Médicis, consumada el 11 de marzo de 1513, tras ocho dias de dudas sin número y de debates sin salida. Juan de Médicis tomó el glorioso nombre de Leon, al cual iba naturalmente unido el número ordinal de décimo.

El nuevo Papa ciertamente podia presentarse como un ejemplar de lo que puede la influencia política en los asuntos eclesiásticos. Su padre, Lorenzo de Médicis, gozaba de un gran valimiento político; y este valimiento le sirvió para engrandecer á su hijo Juan, desde edad bien tierna consagrado á la Iglesia. Basta la hoja de servicios de Leon X, las fechas de los nombramientos de sus altos cargos, la edad en que obtuvo los ascensos, para convencerse de cómo estaba la Iglesia de cancerada por la corrupcion y por la simonía. Á los siete años era abad, á los ocho arzobispo, á los trece cardenal, á los treinta y siete Papa. Cuando se leen los consejos que su padre le daba, en seguida salta á los ojos menos perspicaces todo lo mundano y todo lo político de estos altos cargos eclesiásticos. No hay en tales advertencias ni una palabra de dogma, ni una palabra de moral. Omítese todo lo que tiene de divino el sacerdocio y todo lo que tiene de santo el ministerio eclesiástico. Lo primero que le aconseja, es el empleo del oido antes que el empleo de la lengua; la formacion de una caballeriza muy escogida y de una corte y una servidumbre muy limpias; el dar convites mas que recibirlos; el comer poco y andar mucho; el confiar escasamente en los demás y fiarlo todo á sí mismo; el preferir á las joyas y á los brocados las antigüedades y los libros; todo lo referente á la vida de un dia, como si el gran ministerio que estaba llamado á ejercer, no se relacionase, bajo ninguno de sus aspectos, con las cosas divinas y eternas.

Expulsado de Florencia con su familia, recorrió Europa en compañía de once gentiles hombres, todos vestidos de igual manera, y de los cuales salieron mas tarde nada menos que dos Papas. Instalado en Roma, despues de



PABLO EN ROMA

J. PABLO SCULPT

En la elección pontificia fueron los cardenales
de la casa de los Médicis, comprendieron en
interésaba y le eligieron Pontífice á la
Los florentinos auxiliados por los españoles, los espa-
sacro colegio, y como una gran legión los
había medio de conseguir la victoria de Juan de Médicis
de marzo de 1522, tras ocho días de dudas sin número.
Juan de Médicis tomó el glorioso nombre de Leon,
ente usó el número ordinal de décimo.
ciertamente podía presentarse como un ejemplo de lo que
política en los asuntos eclesíasticos. Su padre, Lorenzo
de un gran valor político. Su ejemplo le sirvió
á su hijo Juan, quien se consagró á la
de la Iglesia. Los cardenales contribuyeron
y á su hijo Juan, quien se consagró á la
la Iglesia de corrupción y por la simonía.
años era abad, á los ocho años cardenal, á los
y siete Papa. Cuando se leen los consejos que se le daba, en se-
gunda parte á los ojos se distinguen todo lo político y todo lo político
de estos altos cargos eclesíasticos. No hay se tales advertencias ni una pala-
bra de digna, ni una palabra de moral. Caezese más lo que tiene de divino
y de silencio y todo lo que tiene de santo el mismo. Lo pri-
mero que le aconseja, es el silencio y el oído á los consejos de la lengua;
la formación de una caballería de los mejores y de una servidum-
bre muy limpias; el dar consejos á los recibidos, y andar poco y andar
mucho; el confiar escasamente en los temas y fiarlo todo en sí mismo; el pre-
ferir á las joyas y á los brocados, las sencillez y los hábitos, todo lo refe-
rente á la vida de un día, como si se fuera á un ministerio que se llama llamado á
ejercer, no se relacionase, bajo ninguna de sus relaciones con las cosas divinas
y eternas.

Expulsado de Florencia con su familia, se retiró en compañía de
once gentiles hombres, á la villa de Cortona, y de los cuales salie-
ron más tarde nada menos que diez y siete. Retirado en Roma, después de



Leon X.